

TARONJÍ

LA BIBLIA

CONSIDERADA COMO POEMA



GRANADA

—
IMPRESA DE JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1886

LA BIBLIA

CONSIDERADA COMO POEMA



ES PROPIEDAD

R. 21313

LA BIBLIA

CONSIDERADA COMO POEMA

DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1886 A 1887

EN EL SEMINARIO DE SAN DIONISIO,

POR EL DOCTOR

DON JOSÉ TARONJÍ Y CORTÉS,

CANÓNIGO DE LA INSIGNE IGLESIA DEL SACRO-MONTE,
RECTOR DEL SEMINARIO,
Y CATEDRÁTICO QUE FUÉ DE RETÓRICA Y POÉTICA,
Y ACTUALMENTE DE TEOLOGÍA MORAL
EN EL MISMO.

CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA



GRANADA

IMPRENTA DE JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1886

Presidia el acto, 2 de Octubre de 1886, el Excmo. é Ilmo. Señor Doctor D. José Moreno Mazón, Arzobispo de Granada, acompañado del Ilmo. Cabildo del Sacro-Monte, del Cuerpo de Profesores y de muchas distinguidas personas, que ostentaban las insignias de sus respectivos grados académicos.

EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES:

AMADOS COLEGIALES:

SEÑORES:

LITERATURA es la manifestación del ingenio humano por medio de la palabra. Esta manifestación se hace en aquellos productos inmortales de la inteligencia llamados obras literarias, donde la palabra campea en todo su esplendor, y reina y domina con soberano imperio. El fondo y la forma de las obras literarias, la idea y la expresión, el alma y la materia, en las elevadas condiciones de fuerza y en los grados de virtud exigidos por el arte, constituyen su belleza. Difícil de definir, ocasionada á controversias interminables en todas las escuelas, pero conocida intuitivamente por las inteligencias privilegiadas, al par que sentida con profundidad, contemplada con anhelo y gozada con intenso placer por los artistas de verdadero nombre, la Belleza generalmente resulta de la *Verdad*, ya subjetiva, ya objetivamente considerada, según hizo notar el preceptista Boileau en este hermoso hemistiquio:

Rien n' est beau que le vrai;

resulta de la *Bondad*, ó conformidad con las leyes eternas y la norma que rige *ab initio* el mundo de las voluntades; resulta también de la *Plenitud de las potencias*, ó inspiración creadora, por la cual en momentos solemnes deja el espíritu su cárcel de barro y se pasea libre y poderosísimo por la naturaleza, por los mundos

posibles y por la historia, combinando en un ideal puro las realidades de la vida y de la muerte ó vaciándolas en los moldes de su pintoresca fantasía; y, finalmente, resulta de la mera *Expresión del pensamiento*, de la sola palabra, cuya pureza, propiedad, soltura, vigor y armonía impresionan, deleitan y seducen. Mas no quiero pasar en olvido que otra de las fuentes de la belleza literaria, y no de las menos principales, es el *Sentimiento*; que por eso hubo de exclamar Lord Byron que la poesía es el corazón, esto es, á mi entender, que la Belleza proviene, además de los altos orígenes dichos, de la delicadeza en el sentir y expresar las alegrías y los dolores humanos, la dulce amistad, la viveza de las pasiones, el hogar tranquilo, los besos de la madre, el entusiasmo patrio, las torturas del amor.

Todos los pueblos, así los de la cuenca del Ganjes que respiran los aires del lejano Himalaya, como los de la cuenca del Danubio, fértil en héroes; así los dominados antiguamente por el Magno Alejandro ó por el invencible César, como los que modernamente prosperan en brazos de la industria, de la agricultura y de la ciencia en el inmenso suelo americano; todos los pueblos han tenido ó tienen obras literarias, creación de su respectivo genio, en las cuales han manifestado su concepción de la Belleza, y nos muestran hasta qué punto les ha sido posible llegar en la realización y contemplación de ella.

En estas obras literarias, ya sus autores se llamen Valmiki, Homero y Virgilio, ya Ferdussi, Ariosto y Schiller, se encuentran deficiencias lamentables, vacíos imposibles de llenar á la mísera condición de la humanidad; y no nos es dado presentar á la admiración de los hombres una obra literaria de todo punto perfecta, ó en la cual la Belleza fluya á torrentes de la bondad, verdad, plenitud, expresión y sentimiento. En las obras de la docta antigüedad, como en las gigantescas composiciones de los pueblos indostánicos, si hay, á no dudarlo, belleza de expresión y de plenitud creadora, faltan en cambio la verdad de las doctrinas y la bondad de los principios. En la Edad media, cuando la Cruz coronaba las almenas de los castillos, y cruzaba sus rayos luminosos de la catedral á la universidad, de los monasterios á los pro-

comunes, las obras literarias se distinguieron por la belleza de la verdad y la sencillez de la bondad evangélica; pero les faltaba la belleza de la expresión. En la literatura moderna resplandece, si queréis, tanto en la escuela neoclásica, como en la romántica, en la popular y en la naturalista, la belleza del sentimiento y de la expresión; pero falta no pocas veces la luz de la verdad.

Estas deficiencias y vacíos son propios de la naturaleza humana entregada á sí misma. No busquéis en la tierra la perfección, Señores. Ascendamos á las Alturas. Veamos si en otra atmósfera, bajo las alas de otra inspiración incomparablemente superior á la terrena, ha podido realizarse la Belleza sin mancha, la Perfección literaria, siempre antigua y siempre nueva, cuyas esenciales dotes he indicado.

«Hay un libro,—dijo un día Donoso Cortés en el seno de la ilustre Academia Española,—hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra y que fué en tiempos pasados estrella del Oriente, á donde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones, y de arrebatarse las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia.»

¿Qué es, pues, la Biblia? Teológicamente considerada, es la colección de libros inspirados directamente por Dios, para enseñarnos la verdad religiosa según el criterio de la Santa Iglesia. El objeto primario de la Biblia es la fe católica, la enseñanza de las verdades sobrenaturales. Por eso tienen sumo cuidado los teólogos en probar su canonicidad, su autenticidad, su integridad, su inspiración DIVINA, en el sentido estricto de la palabra, extendiéndose luego en demostrar que la Iglesia es fiel depositaria de tan precioso tesoro, principal intérprete de sus doctrinas, y único tribunal competente para dirimir las controversias que en el trascurso de los tiempos se suceden sobre su verdadera y genuina interpretación.

Pero, considerada literariamente, la Biblia es una obra en la cual se realizan, si no me engaño, la belleza ideal y la perfección

estética, dentro del arte más excelso y permanente. De tal manera, Señores, que hay en la Biblia verdad absoluta, bondad suma, plenitud abundante, expresión adecuada, y sentimiento profundísimo. Echad conmigo una sucinta ojeada á su conjunto, á sus detalles y á sus resultados, y proclamaréis en alta voz la verdad de mis asertos.

I.

La Biblia, tomada en conjunto, es una grandiosa Epopeya; diré más, es la sola Epopeya, pues no conozco otro libro que merezca este nombre. Los preceptistas modernos distinguen en las narraciones épicas el poema didáctico, que canta las bellezas de la ciencia; el poema descriptivo, que se extasía ante las maravillas de la naturaleza; el poema heroico, que refiere las grandezas de la historia; y la Epopeya propiamente dicha, vasta concepción sintética, en la cual el poeta discurre sobre el ser y el conocer, las ideas y los hechos, la vida de las razas, el movimiento progresivo ó decadente de los pueblos, el panorama sublime de toda una civilización, verbo luminoso de la humanidad.

Yo no encuentro, Señores, la Epopeya ni en el Mahabarata de la India; porque su objeto es describir la lucha de los Pandos y los Coros, y, á pesar de sus colosales formas y de sus millares de versos, no veis en él sino el odio esforzado de una raza para extirpar á otra: y en aquellas inmensas llanuras del Indo, acariciadas por las brisas del golfo de Bengala, productor de perlas; á la sombra de los bananos y en los campos de maíz por donde vaga el hipopótamo, la Musa del extremo Oriente no nos revela sino la fatal pesadumbre con que la esclavitud asiática oprime á los parias, y el error panteísta que ofusca la mente de los bramanes. Yo no encuentro la Epopeya ni en los poemas de Homero; porque el ideal que el poeta se propusiera pasó para siempre, sumergiéndose las ninfas en el mar del Archipiélago, perdiéndose los dioses en las brumas de Tesalia, y desapareciendo de la escena del mundo para más no volver las proezas de los héroes semisalvajes, los esfuerzos de los capitanes ante los muros de Troya, y los sacrificios

humanos que, á la vista de las naves griegas, ofrecieron á la memoria de Patroclo, para calmar la cólera del hijo de Peleo. Yo no encuentro, no, la Epopeya en esas portentosas creaciones del genio de los antiguos: no corresponden aún á la idea que de ella nos hace formar la Estética moderna.

Pero yo la encuentro en la Sagrada Biblia. La Biblia, Excmos. é Ilmos. Señores, es una gran síntesis. Abro la Biblia, y descubro perspectivas infinitas. Es un telescopio de gran potencia: aplico los ojos del espíritu, y me paseo por la inmensidad, sobre las alas de los querubines. El Cielo me cuenta sus secretos, el abismo levanta su voz, las estrellas tejen con los rayos de la alborada el nombre del Altísimo, la gloria de Dios reverbera en la creación, y el alma comprende su origen, su esencia espiritual y sus destinos inmortales. El hombre aparece en la Biblia tal cual es: montón de barro, en cuyo seno se agita el espíritu; pobre desterrado, hijo de Eva; caminante en el valle del mundo para los Montes Eternos, donde debe recibir el galardón de los vencedores, si triunfa en las batallas de la vida. La humanidad entera, su oscuro pasado, su revuelto presente, su escondido porvenir, sus recuerdos y sus esperanzas, sus doctrinas y sentimientos, sus martirios y sus triunfos, todo tiene cabida en las sagradas páginas.

«Las fuentes de toda poesía grande y elevada—según el elocuente Donoso—son el amor á Dios, el amor á la mujer y el amor al pueblo; de tal manera, que la poesía pierde las alas con que vuela, allí donde los poetas no pueden beber la inspiración en esos manantiales fecundos.» En la Biblia, Señores, están estas tres fuentes de agua viva que, mejor que las corrientes de Hipocrene y de Castalia, saltan hasta la vida eterna. El amor de Dios inspira la mente é inflama el corazón de los vates bíblicos. Rebeca, la inocente; Sara, la fecunda; Débora, la vencedora; Judith, la valerosa; Esther, la bella; María, la Santísima Virgen, atraen el alma de los cantores. Y el suelo de Palestina repite los ecos de aquel entusiasmo patrio con que pelearon por la libertad y lloraron la ruina de Israel.

Esta vasta Epopeya bíblica tiene unidad fundamental de pensamiento, variedad maravillosa de partes y episodios, personajes

dignos de ella, lengua propia, y estilo conveniente al carácter general y á las situaciones particulares. El pensamiento base de la Biblia, el que da sublime unidad á su organismo, manteniendo unidos sus miembros y enviando el fuego de la idea á sus extremidades, ES LA REDENCIÓN DEL HOMBRE POR JESUCRISTO. En medio de esa unidad que, á manera de ancho círculo, lo abraza todo, se desenvuelven otras tres unidades, ó, si se quiere, tres pensamientos más, á modo de círculos concéntricos, dando origen á otras tantas epopeyas parciales dentro de la magna Epopeya general. Las epopeyas parciales son: la histórica de Israel, la filosófica del linaje humano, y la mística del alma. Unidad de pensamiento y trinidad de sentido, en que no parece fuera de razón ver la huella de la Santísima Trinidad, autora primera de tan magnífico simbolismo. El sentido histórico nos muestra al pueblo de Abraham, Isaac y Jacob, que llevaba en su seno la promesa de multiplicarse como las estrellas del cielo, ir cautivo á Egipto; sufrir la espantable tiranía de las Faraones; recobrar la libertad, bajo la dirección del hombre más grande del antiguo Oriente; atravesar el piélago sonoro, cantando á Jehová el himno de las victorias; reunirse al pie del Sinaí, de rayos y obscuridad ceñida la riscosa cumbre, para recibir la voluntad de su Dios, el espíritu de la ley monoteísta y la letra de un código divino; surcar los desiertos arábigos y conquistar con incesantes fatigas la tierra de promisión; edificar en ella un tabernáculo que fué la luz del Asia, del Egipto y de la Grecia; defenderlo de las asechanzas de Asirios y Babilonios, Cananeos y Camitas; y reedificarlo á costa de indecibles trabajos, de sacrificios dolorosos y de lágrimas amarguísimas, porque era el arca santa de las tradiciones y de las promesas, donde se guardaba como en sacratísimo relicario la fe de la exaltación del pueblo. Y cuando suena la hora del advenimiento, suena también la hora suprema de aquella singularísima nación, que, á la palabra de Cristo, se eleva, se transforma y universaliza, y sus hombres, repartidos por todo el planeta, anuncian á las gentes que las esperanzas mesiánicas se han cumplido. Tal es la epopeya histórica.

Pero Israel, Señores, es una alegoría. Á pesar de su existencia real, Israel significa el género humano. Y de ahí el sentido alta-

mente filosófico de la Biblia; de ahí la epopeya filosófica de la redención de los hombres. El hombre, al salir de las manos de su Creador, estaba dotado de la justicia original y de admirables dones sobrenaturales. Se paseaba en el Paraíso de deleites, daba nombre á las bestias, gozaba de los frutos de la tierra, de la pureza de una atmósfera radiante y de la hermosura de la creación. Por la desobediencia el hombre se hizo esclavo, vino á ser infeliz y engendró una raza maldita, objeto de las iras del Omnipotente. Salieron del Edén nuestros primeros padres, asustados por la flameante espada guardadora; y, sumidos en las miserias de la vida, su único refrigerio, al clavarse las espinas de la tierra, era el recuerdo de la palabra que recogieran de los labios del Eterno: «El Hijo de la mujer quebrantará la cabeza de la Serpiente.» De las llanuras de Sennaar partieron luégo los hijos de los hombres, edificaron extensas ciudades, fundaron soberbios principados, dominaron la cuna del Sol, levantaron en Menfis sepulcros de más duración que los montes de granito, explicaron en Caldea los movimientos de los astros, en Persia las propiedades de la luz, en Sidón y Tiro la extensión de los mares; pero las nieblas del error, las cadenas del vicio, las hieles de los dolores físicos y morales obscurecían, ataban y amargaban á la pobre humanidad. Nunca pudo conocerse tanto el miserable estado del hombre caído, como cuando, llegados los pueblos antiguos á su mayor edad, renegaban de sus dioses, nacidos de las ondas del Egeo, y pedían por boca de Platón, en los jardines de la Academia, al Dios desconocido apresurase el día de sus misericordias. Y bajó el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad; la estrella milagrosa lo anuncia en las soledades del Oriente á los astrónomos caldeos, los ángeles lo cantan á los pastores en la ciudad de David, el Orbe se estremece de júbilo, la sibila de Cumas y la profetisa de Jerusalén, présagas del espíritu divino, entonan cánticos de bienvenida. Y Jesucristo, hijo de Dios vivo, hijo también de la mujer, enseña su celestial doctrina, entrega á la Iglesia la potestad de romper las cadenas de los pecados y el bálsamo de la salvación, sube á la Cruz en aquella dolorosísima tarde de Parascève, pronuncia sobre el mundo antiguo el *Consummatum est*, y muere. El raudal de



su sangre lava las culpas de la humanidad; el hombre se levanta por la gracia de Cristo; la Redención humana es un hecho; y concluye la epopeya filosófica del linaje humano.

De la epopeya mística, tercer sentido de la Biblia, se han escrito innumerables páginas: tan hermosa y fecunda aparece en las Sagradas Letras. El alma humana pasa del estado de inocencia y de candor primitivos al de la culpa. Lloro luégo como infeliz desterrado la ausencia del esposo, lo busca por las tinieblas del Egipto, pasa el mar Rojo de las tribulaciones, escucha su voz en los remordimientos de la conciencia, se esconde como el Real Profeta en las grutas y bebe del torrente en el camino. Relampaguea la cólera de Dios contra el alma pecadora, y la visita de Jesucristo la conforta. Suben ambos la cuesta del Calvario. La penitencia redime al alma, y, muerta para el mundo, resucita en la Pascua del perdón, y asciende á la Jerusalén celestial para reinar con su Amado en las moradas eternas.

Si necesitase citaros ejemplos de los diferentes sentidos de la Biblia, que dan lugar á esas imponentes bellezas de la Epopeya, me vería embarazado por lo abundante del asunto. Recordad, empero, el salmo *De profundis*. David, perseguido y escondiéndose en los barrancos de la persecución de Absalón, clama á Dios y espera su auxilio: sentido histórico. Jesucristo en el Sepulcro, á donde lo ha hecho descender la afrentosa muerte de Cruz, clama al Padre y espera la Resurrección: sentido filosófico. El alma atribulada, desde lo profundo de sus amarguras, pide al Señor luz, compasión y esperanza: sentido místico. ¿Cuál de los tres es más bello? Los tres igualmente, porque son igualmente verdaderos. Vislumbread, si podéis, las profundidades de ese inmenso mar de la Epopeya bíblica.

Ella se divide en dos partes, á la manera de caudaloso río que se bifurca en una llanura para reunir luégo sus aguas en otra. La Biblia abarca lo pasado y lo por venir; la época de la expectación y la del cumplimiento. El poema en su primera parte es una profecía; en su segunda parte es una realización. Porque la Ley, en expresión del grande Obispo de Hipona, llevaba en sus entrañas al Redentor: *Lex gravida Christo*. El Redentor no vino á abolir

la Ley, ni los reglamentos mosaicos, sino á cumplirlos. No vino á destruir á Israel, como piensan miserablemente algunos; sino á engrandecerlo, por las promesas hechas á Abraham, transformándolo de pueblo pequeño en innumerable muchedumbre poseedora de reyes y naciones, Iglesia universal, Israel de la Humanidad, *Ecclesia Gentium*. Por eso el Antiguo Testamento no se comprende ni puede explicarse sin el Nuevo. El Nuevo es la clave de los misterios, la trabazón de la verdad, la luz á cuyo resplandor se iluminan con desusado brillo las colinas de Sión, y hasta la cima del Sinaí despiden nuevos rayos.

En cada una de esas dos partes del poema, ¡cuántos episodios interesantísimos, que les prestan suma variedad y hacen resaltar su prodigiosa hermosura! Desde el *Fiat lux* del Génesis, en que se dibujan los contornos del tiempo, hasta el *Veni Domine Jesu* del Apocalipsis, en que se preludian las armonías de la eternidad, allí están, de mano Maestra pintados, los esplendores de los primeros días, los terrores y catástrofes del Diluvio, las sencillas costumbres patriarcales, la emigración de las razas, la corte de Tebas, la opulencia de Susa y de Ecbátana, la gloria de Jerusalén, las batallas entre los guerreros asiáticos y africanos. Allí están las Monarquías orientales postrándose ante Baal; y los impuros mercaderes de Fenicia llevando el culto de Astarté á las islas de Tarsis; y los obreros de Hiram, finos cinceladores de todo mueble de oro y plata, labrando las maderas de cedro y las columnas salomónicas. ¡Y cuánto personaje se presenta en la vastísima escena! ¿Quién no calla, mudo de asombro, á la presencia del caudillo Moisés, libertador, legislador, historiador y poeta elevadísimo, teólogo y liturgista de su pueblo? Coronada de lumbre su cabeza, aparece en la niebla de la historia, trasmitiéndonos las tradiciones y la ciencia primitivas, y señalando la ruta que debía seguir la humanidad en el desierto del mundo. ¡Qué figura también la de David, cuya arpa suena con más suaves acentos que las de Eolia! Isaías, saludado modernamente por Víctor Hugo como el hombre de más poderosa inspiración que han producido las edades; Jeremías, muriéndose de dolor en las derrumbadas plazas de Salén; Ezequiel, evocando los ejércitos de huesos á la

juventud y á la vida, nueva esperanza de la restauración nacional; los esforzados Macabeos en lucha titánica con los opresores de su patria... ¿no es verdad que suspenden y maravillan esos nobilísimos personajes? Y cuidado que no los creó la imaginación popular, como en los Niebelungen: son figuras históricas de gran talla, puestas de relieve por la misma verdad y sentimiento de las narraciones. Pero fijaos en el protagonista de la Epopeya, en el personaje principal, á cuyo alrededor se mueve todo, para quien y por quien todo ha sido hecho. ¿Adivináis quién es? Adorémoslo, Señores, porque la torpe lengua no puede sino balbucir en sus alabanzas. ¡Oh Cristo! Cuarenta siglos prepararon tu venida; los patriarcas, los Reyes, los Profetas, el pueblo, la ley, el sacerdocio levítico, las ceremonias, los hechos históricos, todo te prefiguraba, todo te anunciaba, todo te prometía. Verbo de Dios; hablaste, y entendimos las Escrituras; obraste, y quedó organizada la sociedad universal religiosa; moriste, y fué libre la humanidad. ¡Gloria á tí en la tierra y en el Cielo! Antes que desoir tu voz ó desatender tus enseñanzas, permite, Señor, que perezca nuestro cuerpo de barro, para la salvación del alma inmortal.

¡Ah, Señores! Las perfecciones de Jesucristo no es posible ponderarlas suficientemente. Sólo meditando el sagrado Texto, contemplaréis la celestial belleza de su divina persona. Vuelvo á decir que Él es el protagonista de la Epopeya bíblica.

Sus enviados continúan la tradición de la grandeza, en la sencillez sublime de su palabra y en la sublimidad sencilla de su carácter. Siempre constantes en su misión, á pesar de la pobreza de su origen; siempre consecuentes consigo mismos, á pesar de la dificultad insuperable de los obstáculos. Pedro habla á los judíos de Jerusalén, varones religiosos reunidos allí de todos los puntos de la tierra, representantes de la Sinagoga que se muere; y su elocuencia teológica convierte á Jesucristo, Salvador de Israel, cinco mil fieles. Pablo, el espíritu de mayor actividad que se ha conocido en la Iglesia, vaso de elección, recorre la Grecia, se presenta en el Areópago; y su elocuencia filosófica conmueve aquel alto cuerpo científico, representante genuino del saber y de las tradiciones clásicas. Las cartas de Pablo son el preciado monu-

mento de la nueva filosofía, la base de la nueva ciencia moral y religiosa que ha descendido de las Alturas. ¡Qué rasgos de ingenio! ¡Qué golpes maravillosos de dicción! ¡Qué síntesis tan generales y profundas! ¡Qué alteza de conceptos, y qué ternura de afectos, y qué propiedad de comparaciones! Pablo es el atleta de la palabra; es el martillo que pulveriza los argumentos del helenismo; es el espíritu inquieto, fogoso, arrebatador, invencible, sutil, generosísimo de la nueva idea. Pablo visita las provincias asiáticas, las ciudades griegas, los municipios romanos. Las sinagogas disputan, las academias escuchan, los pueblos se levantan á su voz. Es el clarín que llama á la humanidad, es el apóstol de las gentes. Rompe las barreras que las separan, destruye las montañas que las dividen, aniquila las preocupaciones. Predica la fraternidad en Jesucristo. Ya no hay judío, ni gentil, ni griego, ni bárbaro, ni esclavo, ni libre; todos los hijos de Adán son unos: cayeron en uno, y en Uno han sido levantados. Por tan nobilísima idea Pablo no descansa; por su triunfo naufraga en el mar de Sicilia; es azotado tres veces; las islas griegas y la costa del Asia Menor, que habían albergado antiguamente en su recinto á los sabios de Elea y de Jonia, se cubren de hermandades cristianas. Roma, la señora del mundo entonces conocido; la reina de las naciones, que besan temblando la huella de sus plantas; Roma, cuyas águilas vencedoras fulminan el rayo de Jove sobre los pueblos esclavos desde las Galias hasta el Indo, se hinca de rodillas y prepara, á la predicación de Pablo, en las catacumbas, entre los pescadores de las orillas del Tíber, su tálamo imperial para recibir á la Esposa del Cordero. Y cuando las iras del paganismo neoroniano suben á Pablo al Viminal precedido de los lictores, bien puede satisfecho reclinar sobre el tajo su veneranda cabeza y entregarla al hacha del verdugo; porque así como de ella brota un raudal de sangre y leche misteriosa, habían brotado en vida los raudales de la fe y de la libertad del mundo.

Los compañeros de Pablo prosiguen su empresa. Entre ellos, como la paloma del Nuevo Testamento, sobresale Juan, el discípulo amado. Alma candorosa en un cuerpo virgen, oyó en la última cena los latidos del corazón de Cristo; se remontó luégo



hasta el seno de la Santísima Trinidad; guardó en Éfeso el tesoro de pureza de la inmaculada María; conversó con los primeros cristianos, encargándoles que se amasen los unos á los otros; y, arrebatado por el Espíritu, después de ungiarse con el óleo ardiente de la pasión á que lo sujetó Domiciano, vió desde la isla de Patmos el porvenir de la Iglesia Católica, las persecuciones, la derrota de la Bestia romana, el triunfo de los Santos, la caída de Babilonia, y la majestad del reinado eterno de Dios en lo infinito. El Apocalipsis es un misterio, porque es un misterio el destino de la raza humana en la sucesión de las edades. Es el último libro de la Biblia, pero su belleza alcanza los grados de lo desconocido. Es una armonía fúnebre, es una predicción del fin de las cosas, es el eco payoroso de una piedra lanzada al fondo del abismo. El profeta que vió esa revelación, escribe la última etapa de la Epopeya, y es, sin duda, uno de sus más bellos personajes.

II.

Viniendo ahora á la consideración de los detalles, así como hemos visto la belleza del conjunto bíblico, así nos extasiaremos ante la de cada libro en particular. Lo que he apuntado del Apocalipsis me da ocasión para ello. Setenta y un libros componen las Sagradas Letras, según el Canon adoptado por el Concilio Tridentino en su IV.^a Sesión: cuarenta y cuatro del Antiguo Testamento, y veintisiete del Nuevo. Los exégetas dividen estos libros en conformidad á la materia que tratan y á la forma que en cada uno predomina. En los libros *históricos y legales*: el Pentateuco, Josué, los Jueces, Ruth, los Reyes, los Paralipómenos, Esdras, Tobías, Judith, Esther, Job, los Macabeos, los Evangelios, y las Actas de los Apóstoles, predomina la forma narrativa. La gravedad de los asuntos da severidad y entonación apropiada á esa forma; y á la primera ojeada se echan de ver la veracidad del historiador, la imparcialidad que lo distingue y el alto sentido moral que lo guía. La sencillez de la narración es una prueba de su verdad; la minuciosidad de los datos y el colorido local abonan también en su favor. Unas veces el historiador es mero cronista, descar-

nado y seco, como en los Números y los Paralipómenos; otras se traslada de tal manera á los lugares y sitios, que el lector, como en el Éxodo y en los Evangelios, se hace la ilusión de hallarse entre los interlocutores; otras toma el tono del idilio en Ruth, de la novela en Tobías, de la elegía en Job, sin dejar por eso la exactitud y la majestad de la historia. Confieso, Excelentísimo Señor, que el autor del libro de Job cautiva mi mente más que los otros hagiógrafos, y dudo en colocarlo entre los historiadores. Sin embargo, la mayor parte de los padres latinos afirman la existencia de Job. El libro de Job, según la general opinión del Occidente, es una obra histórica. Pero, Señores, la Musa de Job, (y permítidme ese lenguaje impropio), se descíñe la polvorienta veste, calza el coturno trágico, y empuña con tal valentía, con tan ardoroso brío la épica trompa, que apenas la imaginación puede seguir su curso. El dolor pone palabras de infinita amargura en su boca, maldice el día de su nacimiento y la noche en que se dijo: ha sido concebido un hombre. Compara al hombre nacido de mujer, lleno de miserias y de corta existencia, á una flor que nace y es tronchada, á la sombra que desaparece sin permanecer nunca en un mismo estado. La idea de Dios le inspira pensamientos vigorosísimos. La Omnipotencia se describe á sí misma, preguntando: «¿Cazarás tú la presa para la leona, ó saciarás el hambre de sus cachorros, cuando acostados están en acecho en las guaridas? ¿Quién prepara al cuervo su alimento, mientras sus pollos claman bullendo de un lado para otro? ¿Sabes tú el tiempo en que paren las cabras monteses?.. Encórvanse sobre su vientre, echan de sí los fetos, y dan rugidos. Sus hijos están sanos, crecen con el pasto; salen, y no vuelven más á ellas... ¿Quién hizo libre al asno montés, y quién soltó sus ataduras? Yo le puse casa en la soledad, y sus moradas en lugares estériles... ¿Diste tú al caballo la fortaleza, y á su cerviz el relincho? ¿Le harás revolotear como las langostas? El resoplido de su nariz es formidable. Escarba la tierra, alégrase en su fuerza, sale al encuentro de las armas; hace burla del espanto, y no teme, ni vuelve el rostro delante de la espada; contra él suena la aljaba, y el hierro de la lanza y de la pica; en su ímpetu y furor nada le importa el sonido de la bocina; al son

de los clarines dice: ¡Ea! ; y desde lejos huele la batalla, las voces de mando de los capitanes y la gritería del ejército.» (Capítulos XXXVIII y XXXIX.)

Los libros *Sapienciales y Morales* (los Salmos, los Proverbios, el Eclesiastés, el Cantar de los Cantares, la Sabiduría, el Eclesiástico, las catorce Epístolas de San Pablo, las dos de San Pedro, las tres de San Juan, la de Santiago y la de San Judas) se distinguen por la elevación de la doctrina, la majestad de la expresión, el desinterés de la enseñanza, la universalidad de los preceptos, lo saludable de los consejos, la autoridad inmensa del Maestro, y la corrección de la forma expositiva. El lirismo rebosa en los Salmos, como torrente que baja despeñándose de empinadas rocas, y forma violentas cascadas y pequeños clarísimos remansos, y llega á la llanura, y se crece y desborda con el choque y riqueza de entumecidos arroyos. El estro del Profeta Rey es semejante al vuelo del águila caudal. Desdeña los jardincillos y florestas de acompasadas líneas, las calles de tilos y las casitas de recreo á orillas de ameno lago. Se aloja en las hendidas peñas, á cuya falda blanquean las espumas del mar y azota el viento los bosques centenarios; tiende sus robustas alas á los primeros rayos de la luz, y, rey del espacio, se cierne sobre las nubes tormentosas. Desde allí contempla la naturaleza y la sociedad, lo pretérito y lo futuro; y derrama sobre el corazón de los mortales las oleadas de fuego de sus cantos. El arpa de David simboliza la poesía más animada y subjetiva, pero es la lira de Píndaro con el espíritu de la humanidad. ¿Ni cuándo el lírico griego tuvo arrebatos comparables al del Salmo *Deus noster refugium et virtus*, en que el divino Vate hebraico se planta de un salto en medio del porvenir, y ve la cesación de todas las guerras, la paz universal, el hierro de las lanzas y escudos convertido en provecho de los hijos de la Iglesia? El movimiento lírico y las imágenes de esta sublime composición, le prestan todo el encanto de las grandes Odas. La cantaban los hijos de Coré en el atrio del templo, bajo la batuta del músico principal, á quien fué dedicada:

«Dios es nuestro refugio y fortaleza — canta David, — nuestro auxilio en las tribulaciones que nos cercan por todas partes.

«Por eso no temeremos al turbarse la tierra, al caer los montes en el corazón del mar.

«Sonaron y conmoviéronse las aguas; temblaron los escollos al empuje de su braveza. ¡*Selah!*»

«Corriente impetuosa alegra la ciudad de Dios; el Altísimo santificó su tabernáculo.

«Dios está en medio de ella; no se moverá; Dios la ayuda desde la primera hora de la mañana.

«Bramaron las gentes, inclináronse los reinos; dió su voz, derribióse la tierra.

«El Señor de las virtudes está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob. ¡*Selah!*»

«Venid y ved las obras del Señor; ha hecho prodigios sobre la tierra, ha hecho cesar las guerras de una á otra extremidad del mundo.

«Quebrará el arco, desmenuzará las lanzas, y pegará fuego á los escudos.

«Paraos, y ved que soy Dios: ensalzado seré en las naciones, ensalzado en toda la tierra.

«El Señor de las virtudes está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob. ¡*Selah!*» (Salmo XLV.)

Esta poesía, Señores, que no hay lengua humana capaz de expresar, estos movimientos de tanta pasión y verdad, estas vibraciones de un entusiasmo que transforma los seres y trueca los tiempos y prepara los sucesos, se encuentran en todo su esplendor en los libros *proféticos* de la Biblia: los cuatro Profetas mayores, los doce menores, y el Apocalipsis. Al hablar de los libros proféticos debo renunciar á describirlos, porque están totalmente por cima de mis facultades. Constituyen una literatura tan original y exclusiva que sólo en Israel la contemplamos. El profeta es doctor, es apóstol, es poeta. Como doctor enseña la fe y ratifica la tradición; como apóstol manifiesta la voluntad de Dios, visita los pueblos y los reyes, tiene poder sobre los cuerpos y sobre las almas, conmina con imperio, dispone de las fuerzas de la naturaleza, alienta á los abatidos, libra á los opresos, y, si es necesario, da su vida por la incolumidad de la Religión. Como poeta usa de

la forma lírica unas veces, otras de la dramática, otras y casi siempre de la épica. Vaticina lo futuro, y, henchido de inspiración, canta las maravillas de Jerusalén, la exaltación de la ciudad santa, las irradiaciones de la nueva luz, la próxima expansión del pueblo escogido por los mares y las islas, los camellos de Arabia trayendo oro y aromas al santo templo, la humanidad rejuvenecida, el Verbo de Dios, vara de la raíz de Jessé, sobre la cual desciende el Espíritu, juzgando con equidad, y evangelizando, y uniendo á todos los humildes y pobres y mansos en el goce purísimo de la caridad universal.

«En los últimos días—canta el hijo de Amós—estará preparado el monte de la casa del Señor sobre el vértice de los montes, y se elevará por cima de los collados, y correrán á él todas las gentes.

«É irán muchos pueblos, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor y á la Casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y nos pasaremos por sus sendas, porque de Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de Jehová.

«Y juzgará á las naciones, y reprenderá á muchos pueblos, y convertirán sus espadas en arados y sus lanzas en hocinos; ninguna gente levantará su espada contra otra gente, ni se ejercitarán ya más para la guerra.» (ISAÍAS: *Cap. II.*)

III.

Me he alargado en las consideraciones antecedentes, Señores, porque cada libro de por sí, cada una de esas riquísimas joyas literarias tiene tales caracteres de verdad, de bondad y de belleza, y el arte que las cincelara es de tan subidos quilates, que no admiten concisión las alabanzas. Mi labio no sabe callar. Á este propósito, permitidme que os cite elocuentes pasajes de doctísimos varones, en apoyo de mi tesis. Fenelón, en sus *Diálogos sobre la elocuencia*, escribe: «Para sentir la elocuencia de la Escritura, nada es tan útil como tener el gusto de la sencillez antigua; sobre todo, la lectura de los antiguos Griegos sirve mucho para llegar á ello. Digo de los antiguos, porque los otros Griegos, de quien con razón se mofaban los Romanos apellidándolos *Græculi*, habían de-

generado enteramente. Hay que conocer á Homero, á Platón, á Jenofonte y á los demás de los buenos tiempos; después la Escritura no os causará extrañeza. Encontraréis en ella casi las mismas costumbres, las mismas narraciones, las mismas imágenes de las grandes cosas, los mismos movimientos. La diferencia está en un todo á favor de la Escritura. Ésta los supera infinitamente en candor, en vivacidad, en grandeza.»

«La legislación, dice el R. Padre Lacordaire en sus *Conferencias*, es el primer elemento de la vida de un pueblo; el arte es el segundo. La legislación clasifica á un pueblo en el orden de los actos; el arte determina su rango en el orden de los pensamientos y de la expresión. Cuanto más grande es la idea, mayor es el monumento que ella misma se edifica en lo exterior, y que le sirve de morada aun después de desaparecer la mente que la concibiera. El monumento de la idea hebraica es un libro, que forma parte del libro por excelencia; un libro que sirve de prefación al Evangelio, y que, con tan ilustre vecindad, es respetado como cumplido pedestal de una estatua sin mancilla. Como historia, la Biblia hebraica precede á todas las historias por su antigüedad, serie y autenticidad; sólo ella se remonta á la cuna del humano linaje, y pone la primera piedra del edificio de lo pasado. Como recopilación jurídica, no tiene igual en ninguna de las colecciones legislativas de los grandes pueblos. Como filosofía moral, contrapone sus libros Sapienciales á todas las máximas de los sabios más afamados, sintiéndose allí una presencia de Dios que eleva el alma sobre el alcance natural de la razón. Como poesía, tiene cantos repetidos durante dos ó tres mil años por todos los ecos del mundo, y creadores de una lengua que se ha infiltrado en todas las lenguas humanas para alabar y bendecir á Dios. Los otros pueblos han tenido historiadores, jurisconsultos, sabios, poetas, que sólo á ellos pertenecen y forman una de sus glorias privativas; el pueblo judío ha sido el historiador, el jurisconsulto, el sabio, EL POETA DE LA HUMANIDAD.»

Lamennais que, á pesar de sus errores, tenía exquisito gusto literario, no titubea en declarar que «todo lo dulce y lo tierno, lo terrible y lo sublime no lo busquemos sino en la Escritura; al

leerla, se ve que Dios tocó los labios de los escritores santos.» (*Essais sur l'indifférence en matière de Religion.*)

«Las producciones más extrañas á nuestras costumbres—afirmaba Chateaubriand,—los libros sagrados de las naciones infieles, el *Zend-Avesta* de los Parsos, los *Vedas* bramánicos, el *Korán* de los Árabes, los *Edda* de los Escandinavos, las máximas de Confucio, los poemas sanscritos, no nos sorprenden: hay en ellos la cadena ordinaria de las ideas humanas, algo de común entre sí en el tono y en el pensamiento. Sólo LA BIBLIA no se parece á nada: es un monumento que se destaca de entre los otros. Explicadla á un Tártaro, á un Cafre, á un Canadiense, ponedla en las manos de un bonzo ó de un derviche; y se asombrarán por igual. ¡Hecho ciertamente milagroso!» (*Génie du Christianisme.*)

William Jones, el sabio anglicano, fundador de la Sociedad Asiática de Calcutta, dice relativamente á mi asunto: «He leído con mucha atención las Santas Escrituras, y pienso que, aparte de su celestial origen, contienen más elocuencia, más verdades históricas, más moral, en una palabra, más bellezas de toda clase que todos los otros libros juntos de cualquiera lengua y de cualquier siglo.»

No es maravilla, pues, que San Juan Crisóstomo, el célebre orador bizantino, tan notable por la vehemencia como por el sumo arte de su elocución, exclame: «La elocuencia de la Sagrada Escritura ostenta la magnificencia de una reina; la de los demás libros los adornos de una criada.»

Y así, con poca diferencia, se expresan los literatos modernos de mayor autoridad: Rollin, La Harpe, De Fontanes, Shlegel, Berriozábal, Lowth, Michaelis, Herder, Caminero, Henry, y especialmente Monseñor Plantier, obispo de Nimes, cuya obra es hasta hoy la última palabra de la Estética escrituraria.

Por otra parte, la lengua en que está escrita la Biblia contribuye á generalizar el conocimiento de esas bellezas y á la perfección artística de la Obra. Tres lenguas han hablado los hombres, que contienen los más perfectos modos de expresarse, instrumentos de la idea humana, canal del pensamiento, arsenal completísimo de la Gramática, de la Dialéctica y de la Retórica,

y espejo brillante de las ciencias especulativas y prácticas: el hebreo, el griego y el latín. Pues bien, en estas tres lenguas está escrita la Biblia. «El hebreo recibió formas estables en tiempo de Moisés, y se conservó por nueve siglos sin grande alteración.... Pueden distinguirse en el hebreo tres edades: la edad de oro, que comprende los libros escritos antes de la emigración á Babilonia, ó sea, la edad del hebraísmo bíblico puro; la edad de plata, que contiene los libros bíblicos posteriores á la emigración; y la edad de cobre, ó del hebraísmo posterior no bíblico, llamado comunemente idioma rabínico. La lengua hebrea tiene sobre los demás idiomas semíticos el mérito de la mayor brevedad y de un espiritualismo suyo propio.» (*Cantú.*) Predominan en el hebreo las aspiraciones y sonidos guturales, elemento oculto que corresponde al espíritu superior, y, por consiguiente, puede expresar mejor el objeto de la sagrada Revelación. Es poético y copioso en imágenes, tropos y verbos expresivos, cuyas raíces incluyen por lo general la idea de tiempo, mientras la escasez de adjetivos impide la redundancia de epítetos. No tiene tiempo presente, y apenas se diferencia el lenguaje del verso del de la prosa. Es la lengua de la Teología. El griego es la de la filosofía; y la versión de los Setenta engarzó las venerables preceas hebraicas en la rica lengua de Aristóteles y Platón. Hasta que vino la lengua de la política y del derecho, la armoniosa y universal lengua latina; y la humanidad ha podido gozar del don de Dios y anegarse en el Océano de sus delicias, gracias á la por todo extremo grande y maravillosa versión Vulgata latina, que, á semejanza de las catedrales de la Edad media, se levanta como faro luminoso en la historia del arte. Con razón el Santo Concilio de Trento la declaró autorizada. La propiedad y concisión de sus frases, la abundancia de sus giros, la naturalidad de su expresión hacen de la Vulgata latina el mejor espejo de la Verdad. Quedan en la Vulgata muchos modos de decir propios del griego y del hebreo; lo cual le da el sabor de la antigüedad venerable. Quedan igualmente vestigios de la versificación hebrea, que no consiste en la cantidad de las sílabas y número de pies, como la greco-latina; sino en el paralelismo de las frases, ya sinónimo, ya antitético, ya sintético. Esta misteriosa ver-



sificación es una resonancia del Sinaí, un eco del desierto, una melodía escapada del templo de Salomón; es la voz del alma creyente repercutiendo sobre sí misma. Se parece algo á las letanías de la liturgia cristiana, ó, mejor dicho, las letanías de la liturgia cristiana se parecen á la versificación hebrea.

Unid á esto las bellezas del estilo. La Epopeya bíblica es la Epopeya de la humanidad. Ved ahí por qué hay en ella, no un estilo, sino todos los estilos; no un género, sino todos los géneros literarios. En esta universalidad está su mérito. Es un mar sin orillas. A él corren los ríos y en él desembocan, ora con dulzura y mansedumbre, ora con violencia incontrastable; revuelve sus olas de uno á otro horizonte con serena majestad; las águilas y los ruiseñores se miran en su dilatada superficie; y corre por ella la brisa inefable de las divinas promesas, ó el viento huracanado de las divinas amenazas.

¿Cómo extrañar, pues, que las almas escogidas por Dios para cantar las sublimes armonías de la naturaleza y los misterios del espíritu, hayan ido á abrevarse en ese mar inmenso de la Sagrada Epopeya? Sí, Señores. *La mayor belleza ideal y la perfección literaria que el arte más excelso preceptúa, se han realizado en la Biblia.* A ella han ido, pues, los artistas de la palabra, á buscar el eterno modelo; á ella los procreadores del pensamiento, á inspirarse en el eterno guía; á ella los cantores de las nacionalidades, á escuchar la voz del Verbo que procede del Padre, eterno manantial de la Belleza. En ella han encontrado, no lo dudéis, verdad, bondad, plenitud, expresión y sentimiento. El resultado más admirable de la Biblia, literariamente hablando, el fruto más sabroso de ese cedro del Líbano, de esa palma de Cades, de esa rosa de Jericó es la literatura que ha inspirado. Las bellezas de la liturgia cristiana, del Breviario, del Misal, del Pontifical y de los Rituales romanos, son eminentemente bíblicas. La forma adoptada por los Padres de la Iglesia, los himnos de los poetas cristianos anteriores y posteriores á Prudencio, el *Himno de la creación* del hebreo hispano Judas Leví, que en el siglo XII cantaba:

¿A quién, Señor, compararé tu alteza,
Tu nombre y tu grandeza,
Si no hay poder que á tu poder iguale?

(Trad. de M. Pelayo.)

la profunda concepción de Raimundo Lulio, la espléndida del Dante, la de Milton, Tasso y Schiller, y cien y cien otras, en la Epopeya bíblica se inspiraron y bebieron. A ella se debe el vuelo de la historia moderna, y su alto sentido filosófico social. De ella ha querido sacar siempre sus orígenes y vastos desarrollos la literatura española, por tal manera que el marqués de Valdegamas afirma rotundamente: «Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.»

¿Dónde efectivamente halló su elocuencia Luís de Granada, su delicadeza de sentimiento el Maestro León, su fervorosa palabra Santa Teresa? En las bellezas de la Biblia. ¿De dónde sacó Calderón de la Barca los colores de su encendida paleta? De las bellezas de la Biblia. ¿Por dónde pudo trepar Herrera hasta la cumbre de su saber, de su majestad y de su gloria? Por las bellezas de la Biblia. En nuestros días mismos, á pesar del abandono en que misérrimamente yacen los estudios hebraicos en España, Gertrudis Gómez de Avellaneda ha sabido arrancar de su lira estrofas llenas del espíritu de las vírgenes de Sión. Y el inmortal D. José Zorrilla, aunque es varia y cosmopolita la fuente de su inspiración, ha tenido horas de gran poesía, como aquella memorable en que, á bordo del Paraná, una noche en que la luna rielaba en las transparentes aguas del Atlántico, empuñó el arpa davídica, diciendo al Sér Supremo:

Señor, bendito seas, bendito cuanto sale
De tu fecunda mano, de tu inmortal saber....
¿Qué son los astros? Chispas de tu mirada santa....
¿Qué son las mares? Móvil alfombra de tu planta.
Señor, bendito seas, que me los haces ver.

He concluído, Excmo. Señor. Llamado por V. E. I. y por ese Ilustrísimo Cuerpo Capitular, á que tengo la inmerecida honra de pertenecer, al desempeño del Rectorado de este Insigne Colegio, creí deber tratar hoy un tema, teológico y literario al mismo tiempo, que fuese digno de la historia de esta Casa y de la ilustración de tan escogido concurso. Perdón por el atrevimiento. El tema es grandioso; si el desenvolvimiento no corresponde á su altísima importancia, culpado, no á él, sino á la flaqueza de mi pobre ingenio. Y ahora permitidme que me dirija á los Colegiales de San Dionisio, y que les diga: Abierta tenéis la vía de las ciencias y de las letras. En estos bancos se sentaron hombres que han sido honor de la patria. Tenéis un pasado que imitar. Sed dignos de vuestro pasado. En vuestros estudios clásicos no os olvidéis de la Sagrada Biblia. Yo no diré, con el docto Marcelino Menéndez:

Tiempo feliz de griegos y latinos,
 Calma y serenidad, feliz concierto
 De cuantas fuerzas en el hombre moran;

pero sí, con Horacio:

Vos exemplaria græca
 Nocturna versate manu, versate diurna;

y con Martínez de la Rosa:

¡Oh jóvenes hispanos!,
 De griegos y romanos
 Estudiad los modelos noche y día,
 Y no apartéis jamás de la memoria
 Que así lograron tan sublime gloria
 Nuestros ilustres vates castellanos.

Á ese estudio constante de la docta antigüedad os invito, flores de Andalucía, esperanza de la nación y de las patrias letras. En él adquiriréis el buen gusto literario. Mas seguid, seguid por el áspero camino, acompañados de una luz tan fija y hermosa como la que baja de los Montes Eternos. No desdeñéis, como los necios de este siglo, las grandezas de la Religión, y el arte sublime de la Sagrada Escritura. El naturalismo con sus dramas de muerte y sus novelas de impureza nos asfixia. Salvaos, respirando el aire purísimo de la Fe y de la literatura católica. «Dedíquense

los jóvenes,—dijo también el ilustre preceptista granadino antes citado,—dedíquense con ardor y respeto al estudio de los libros sagrados, seguros de encontrar rasgos sublimes, dignos modelos y fecundas inspiraciones de la poesía más noble y elevada.» Bebed el vino generoso de Engaddí, mientras labráis el mármol blanquísimo de Paros; y cruzad el Mar Rojo de la vida con tal pureza de afectos y fortaleza de alma, que, al llegar á la otra orilla, podáis entonar como los Israelitas el *Cantemus Domino, gloriosè enim magnificatus est:*

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero.
Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.

HE DICHO.

NOTA

«Advocetur etiam, si placet, in subsidium *æsthetica* methodus, et quid divina religio in se pulchritudinis, amabilitatis ac suavitatis ad humanos animos mulcendos solandosque contineat, vivis veluti coloribus depingatur. Hæc quippe omnia et opportuna valdè accidunt ætati nostræ, et causam catholicæ veritatis juvant imprimis.»

(PERRONE, citado por D. Antolín Monescillo en la edición de la *Theologia universalis* del P. Charmes: tomo I, pág. 53.—Madrid, 1848.)

OBRAS DE D. JOSÉ TARONJÍ.

ALGO SOBRE EL ESTADO SOCIAL DE MALLORCA. — Un elegante volumen de 310 páginas en 4.º — Palma, 1877. — Precio: 5 pesetas.

DISERTACIONES LATINAS de *Santissima Trinitate et de Sacratissima Eucharistia*. — Un folleto de 44 páginas en fólleo. — Granada, 1881. — (Agotado.)

INSPIRACIONES, poesías líricas castellanas, en cuatro libros: *Voz de la Naturaleza*, *Notas del Salterio*, *Pensamientos morales*, *Voz de la Historia*. — Un volumen de 310 páginas en 4.º — Palma, 1882. — 3 pesetas.

EL TROVADOR MALLORQUÍN, poesías escritas en mallorquín literario, acompañadas de versión castellana, formando tres libros: *Recuerdos de la patria*, *Las luces y las sombras*, *Granos de incienso*. — Un abultado tomo de 552 páginas en 4.º — Palma, 1883. — 3 pesetas.

EN PUBLICACIÓN.

LAS VIRTUDES CRISTIANAS EN LA VIDA MODERNA. — Conferencias predicadas en 1885. — Madrid.

EL SACRO MONTE, *pequeño poema descriptivo*. — Palma.

